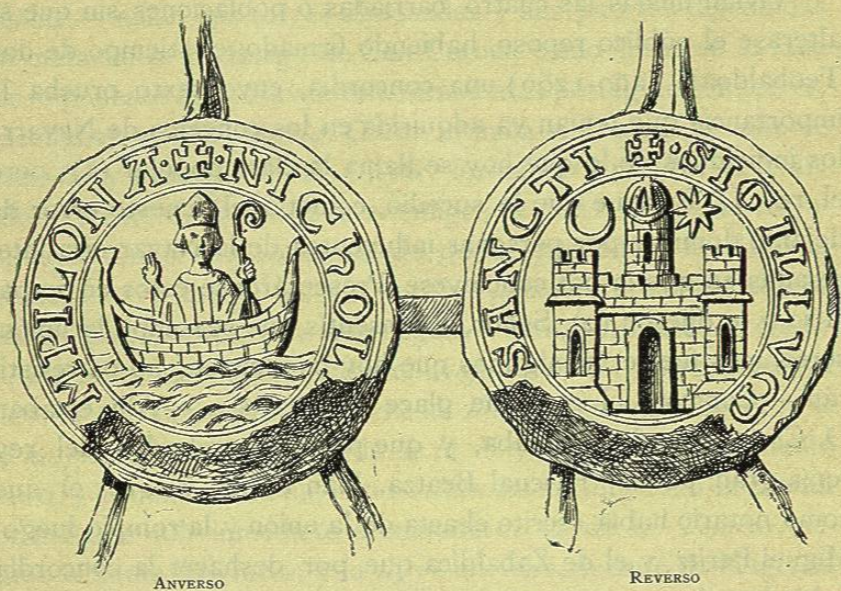


luna y la estrella.—Te pongo á la vista uno de estos curiosos sellos: el que lleva la carta de la partición que del *Chapitel* se hizo en el año 1274 entre el Burgo de San Cernin y la Población de San Nicolás.—Y añade el rey: El que se oponga, experimentará los efectos de mi cólera mientras yo viva! Cuando los burgueses vieron la indignación del monarca, creyeron que el pecho se les desgarraba, y fueron á ponerse de acuerdo con



SELLO CÉREO DE LA CARTA DE PARTICIÓN ENTRE EL BURGO DE S. CERNIN Y LA POBLACIÓN DE S. NICOLÁS.—AÑO 1274.

los suyos. Después de concertados, volvieron á la presencia del rey á pedirle con el mayor encarecimiento que no persistiese en su resolución; pero D. Enrique se negó á sus súplicas: se hizo traer los documentos y los sellos, y rompió estos cortando aquellos con un cuchillo, aunque no los inutilizó todos, porque los frailes de Santiago y de San Francisco guardaron dos, y también otros algunos abades y priores (1).—La unión, pues,

(1) Era entonces costumbre depositar los cuños y matrices de los sellos en manos de los religiosos, como personas á quienes podía fiarse la custodia de unos

quedó deshecha y los burgueses regresaron al recinto murado del Burgo y de la Población, quejándose á Dios de tal desafuero.

Murió el rey Enrique, no dejando más sucesión que una infanta niña; y la reina viuda, por evitar males, acordó nombrar un gobernador; reunió las cortes en Santa María de Pamplona (1), y acordaron éstas que gobernase la tierra el Sr. de Cascante, D. Pedro Sánchez de Monteagudo. Prestósele juramento, y cada cual se fué por su camino; pero un D. García de Almoravid se posesionó de la Cuenca de Pamplona, y su tío D. Gonzalo Ibáñez, hombre no menos poderoso, ocupó las tierras de Estella, dejando al legítimo gobernador las restantes, sin más razón que por habérselas repartido el difunto rey.

En la menor edad de D.<sup>a</sup> Juana, Castilla, Aragón y Francia cobran esperanzas de apoderarse de Navarra, y esperan el momento oportuno de echarse sobre la presa que constantemente vienen acechando. Favorece secretamente á Castilla D. García Almoravid, poderoso en la Cuenca de Pamplona y en la Montaña; Aragón cuenta con el partido más numeroso é importante de todo el reino, y tiene de su parte el gobernador mismo, el cual acaba de reunir cortes en Olite, donde se ha acordado que la reina propietaria D.<sup>a</sup> Juana se case cuando sea tiempo con el infante D. Alonso, primogénito y heredero del rey D. Pedro de Aragón; y Francia tiene en su favor á la reina viuda D.<sup>a</sup> Blanca, la cual, sin sospechar acaso hasta qué punto su voluntad la inclina á poner la corona de su hija á merced de su primo Felipe el Atrevido, no toma determinación alguna que no sea antipatriótica á los ojos de sus súbditos. Ahora, atemorizada con la división á que ve entregado el reino, toma el temerario partido de retirarse á sus Estados de Champagne con el pretexto de ver á D.<sup>a</sup> Juana que se cría en Provins; y no bien se ausenta,

objetos cuyo mal uso hubiera podido ocasionar graves conflictos. Por la misma razón guardaban ellos las matrices de las escrituras y documentos importantes.

(1) No se sabe en qué local de la catedral antigua se reunían las cortes; en la restaurada, estas solemnidades se celebraban en la sala llamada de *la Preciosa*.

toma la Navarrería, donde á D. García Almoravid apoyan muchos ricos-hombres, el obispo y el clero, la loca resolución de construir máquinas de guerra contraviniendo á las disposiciones de los reyes anteriores, los cuales habían prohibido que en Pamplona ni en sus límites se hiciesen contra el Burgo torres, fortificaciones y fosos. El Burgo de San Cernin, ofendido de aquella indirecta provocación, acude en queja al gobernador: el Sr. de Cascante procura pacificar los ánimos recordando á los de la Navarrería sus deberes; pero ellos, aprovechando las antipatías que traen divididos al Sr. de Cascante y á D. García, eligen á éste por su jefe, y noticiosos de su aceptación, la celebran con grandes regocijos. Reune cortes el gobernador para tratar de tan grave conflicto, y no se presenta en ellas D. García Almoravid: las cortes resuelven que las máquinas de guerra se inutilicen, y los de la Navarrería, ya en abierta sedición, se niegan á ello; y entonces, en consejo de ricos-hombres y representantes de las villas, se acuerda que se les talen las viñas, las huertas y los trigales. Los habitantes de los burgos rehusan ejecutar una medida tan rigurosa, y el Sr. de Cascante, disgustado, se retira á Tudela con su comitiva; y luego á Olite, y á Tafalla, adonde le envía D. García Almoravid mensajeros que le echen en cara su inacción. Él entonces convoca á los caballeros que tiene á sus órdenes y á los ricos-hombres, para que acudan á determinado paraje armados de todas armas; preséntaseles D. Pedro Sánchez con su estandarte desplegado y acompañado de gente escogida, entre ellos el fuerte D. Gonzalo Ibáñez, tío de D. García, y el caballeroso D. Corbarán, prudente y experimentado. Alójanse en el Burgo de San Cernin y da aviso á D. García de su llegada.—Interrumpo un momento la interesante relación de los preliminares del terrible conflicto que amenazó dejar arrasada la capital del reino, para describirte el aspecto de estos guerreros, de modo que tengas á la vista el teatro y los actores.

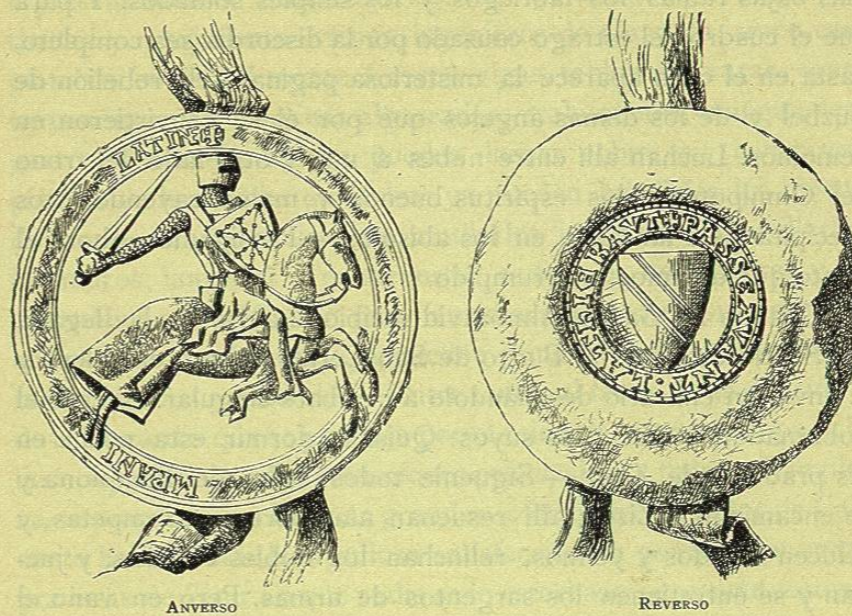
Las armaduras en el siglo XIII no eran aún en su totalidad de

hierro batido como las que se empezaron á usar en el siguiente: algunas de sus partes, como las rodilleras, los codales, las hombreras y aun á veces las piezas que protegían las canillas, solían ser de chapa de hierro; mas por lo común todo el cuerpo del hombre completamente armado iba cubierto con la jacerina, malla de hierro ó de acero, y aun de plata y oro en ciertos arneses de lujo y de ceremonia. La cota de malla protegía también la cabeza, ajustándose á ella y al cuello el almofar como una toca de dueña que solo dejaba descubierta la cara; y el capillo ó capacete iba encima, no siempre ceñido al cráneo en forma de casquete, según se observa en multitud de miniaturas que adornan manuscritos franceses, ingleses y españoles de aquel tiempo, sino muchas veces en forma de morrión casi cilíndrico, con una simple ventana para los ojos. Sobre la cota iba la sobrevesta ó túnica, sin mangas, más ó menos larga, más ó menos lujosa, según la condición del que la usaba. Algunos manuscritos nos ofrecen en el siglo XIII la continuación de las cotas de malla á modo de sacos ó gabanes, según se usaron en el XII; pero son muy escasas. Has de suponer que en la guerra de Pamplona no todos los ciudadanos y burgueses se presentarían á combatir con buenas armas defensivas; muchos acudían á la pelea sin más armadura que sus trajes comunes, descubierta la cabeza, ó cubierta simplemente por la caperuza ó capirote, que en las antiguas miniaturas ves ó echado á la espalda, ó calado, con la punta tiesa en la nuca. El vestido de la gente común era un sayo desceñido con manga abierta, por debajo de la cual se podía sacar el brazo, y que solo bajaba hasta media pierna. Esta se cubría con la calza, ajustada como la media de hoy, y el calzado, constantemente en punta, subía hasta la canilla como la bota moderna. La gente menos común usaba calzas y jubón interior, y sobre el jubón un sayo á manera de sotana desceñida, que descendía hasta más abajo de la rodilla, y tenía para dejar pasar los brazos dos grandes aberturas hasta cerca de la cintura, exactamente como las sotanas de los

eclesiásticos de nuestro tiempo. Los magnates, príncipes y reyes llevaban sobre esa sotana una especie de justillo que la ceñía al cuerpo como una coraza de ceremonia: la sotana se abría por delante desde la cintura hasta la cenefa, dejando ver el lujoso forro de pieles ó de rica estofa labrada, y sobre ella, á modo de paludamento que lo cubría todo por detrás, y que por delante iba abierto y como echado á la espalda, un manto más ó menos ostentoso, que en las personas reales solía ir forrado de armínios ó veros, ú otras pieles costosas. Como no te puedo ofrecer aquí los dibujos y miniaturas que tengo presentes al describirte estos trajes, y acaso no recordarás las preciosas viñetas que adornan los famosos códices coetáneos, especialmente el de las *Cantigas* del rey D. Alonso el Sabio y el *Libro de los juegos ó de las Tablas* del mismo tiempo, te doy el sello céreo del rey D. Teobaldo I, que le representa en arrogante postura, revestido de su arnés de guerra, embrazando el escudo de punta característico, cabalgando en su corcel, puesto al galope y todo encubertado, como el más completo modelo del arreo militar del caballero y de su caballo en la época á que nos referimos (1).—Si ahora quieres saber qué forma tenían las máquinas de guerra que esta gente usaba y las torres y fortalezas que con tales *ingenios* combatían, te aconsejaré que no pierdas la ocasión de consultar las referidas *Cantigas*, y en defecto de otras obras más serias y fundamentales, cuyo estudio te llevaría demasiado lejos de mi lado, algunas brillantes páginas de un libro que te

(1) Este sello del rey D. Teobaldo pertenece al año mismo de su muerte, 1253. La leyenda de su orla está casi del todo destruída. El reverso ó contrasello, que presenta el escudo de la casa de Champagne, lleva en el contorno esta letra: PASSE AVANT LA THIEBAUT. Sábese que es de D. Teobaldo por el documento en el cual se halla, donde también consta la fecha, y por la leyenda del reverso, mera variante del grito de guerra de los condes de Champagne, de Chartres y de Sanerre: PASSAVANT! Las únicas letras que en el anverso se conservan son los finales de las palabras CAMPANIE y PALATINI, de esta leyenda: *Sigillum Theobaldi Dei gratia regis Navarrae, Campaniae et Briac, comitis palatini.*—Acerca de este lema ó divisa publicó interesantes conjeturas el Sr. Iturralde y Suit al final de su estudio sobre el *Tributo de las tres vacas* en el tomo IV de la *Rev. Eusk.* p. 26 y 27.

indicaré al oído, y que como linterna mágica hará pasar por delante de tus ojos todas las figuras y tipos notables de la vida militar en la Edad-media europea (1). En ellas encontrarás la hechura de esas armas ofensivas y de esos ingenios, inventados para la expugnación de las plazas y la destrucción de las torres



SELLO CÉREO DE TEOBALDO I DE NAVARRA

y muros; y, cosa casual, uno de sus grabados te hará ver la forma que tenían las torres del recinto murado de Provins, donde la reina viuda D.<sup>a</sup> Blanca criaba á la niña D.<sup>a</sup> Juana heredera del trono de Navarra. Más aún: otra de sus páginas te ofrecerá una alegoría moral muy adecuada de la calamitosa guerra civil de Pamplona. Verás en ella por arte del ingenioso Honoré Pouet, autor del *Árbol de las batallas* (2), lo que es la discordia en la

(1) *Vie militaire et religieuse au moyen âge, etc.*, par PAUL LACROIX (bibliophile Jacob.) Capítulos *La Feodalité* y *Guerres et armées.*

(2) *L'arbre des batailles*, ms. del siglo XV que se conserva en la Biblioteca de Borgoña, de Bruselas.

sociedad civil: ese árbol funesto, cuyas ramas aparecen todas secas, lleva por único fruto grupos de contendientes, donde un emperador se bate iracundo con otro emperador, un papa con otro papa, un obispo con otro obispo, y así sucesivamente todos los que representan las diferentes clases sociales, ocupando las más bajas ramas los labriegos y los simples soldados. Y para que el cuadro del estrago causado por la discordia sea completo, hasta en el cielo aparece la misteriosa página de la rebelión de Luzbel y de los demás ángeles que por él se convirtieron en demonios. Luchan allí entre nubes á uno y otro lado del trono del Omnipotente los espíritus buenos y malos, cayendo estos precipitados á lanzazos en los abismos.—Prosigamos ahora el relato que dejamos interrumpido.

Cuando D. García Almoravid recibió el aviso de la llegada del Sr. de Cascante al Burgo de San Cernin, montó en cólera y le envió un emisario desafiándole á combate singular. Acepta el gobernador, y dice á los suyos: Quisiera dormir esta noche en las praderas de Zizur.—Síguenle todos, salen de Pamplona y se encaminan á Zizur; allí resuenan atambores y trompetas, y relucen escudos y yelmos, relinchan los nobles corceles, y juegan y se entretienen los sargentos de armas. Pero en vano el Sr. de Cascante se separa de su tropa para habérselas con don García; éste, aunque bizarro y denodado, se ve contra su voluntad detenido por los suyos: llega la noche, y los de D. Pedro Sánchez permanecen en el campo hasta el siguiente día, sin que aquel se presente. Entre tanto D. Gonzalo Ibáñez había ido á verse con su sobrino para evitar el duelo: acaso le convencería de que no tenía compromiso de presentarse en el campo; pero todos opinaron que puesto que D. Pedro Sánchez había aguardado á su contrario y éste no había aceptado el combate, podía considerarse á D. García como vencido y debían regresar al Burgo; y así lo hicieron satisfechos y contentos.—Cunde por toda Navarra la noticia de que D. García se ha cubierto de deshonra, y esto precipita la guerra.

El Burgo y la Población estrechan su alianza: un prudente y generoso burgués, con autorización del gobernador, presta dinero para proveerse de máquinas de guerra, dado que los de la Navarrería, desobedeciendo las órdenes superiores, no desistían de emplear las suyas. Bajo la dirección de los veinte jurados representantes de ambos barrios, todo es desde aquel punto actividad y movimiento: vienen ingenieros de Gascuña, traen carpinteros, envían al monte á cortar vigas, tablones y varas, construyen ingenios, esto es, algarradas, trabuquetes, manganeles, garrotes, cornellates: ya pueden lanzar sobre sus contrarios piedras de hasta tres quintales; ya pueden hundirles los techos de las casas, quebrantarles y mutilarles las torres, aportillarles los muros, lanzarles si es menester cadáveres de hombres y de animales en putrefacción para introducir dentro de su recinto la consternación y la peste; ya pueden oscurecerles el cielo con nubes de dardos y venablos... Entre tanto, al favor de la división y de la discordia que se propaga por el reino, la anarquía impera, la licencia domina en las poblaciones principales, y todo en Pamplona se prepara para los más grandes infortunios. El señor de Cascante había tenido la orgullosa satisfacción de permanecer en las praderas de Zizur sin que nadie se lo estorbase; pero cuán costosa!

Los hombres juiciosos y prudentes de las cuatro barriadas veían con pavor la nube que sobre el reino se cernía, y barones y caballeros, representantes de las buenas villas, burgueses, mercaderes, obreros é infanzones, servidores y comerciantes, celebraron una asamblea, y en vista del lamentable estado del país, determinaron enviar mensajeros al *rey bueno y justo*, Felipe de Francia, hijo del santo rey Luís, suplicándole que les protegiese y mandase un Gobernador, pues Castilla amenazaba á Navarra y este reino se aniquilaba por sus discordias.—Llegan los enviados á París, donde son recibidos en audiencia por el rey Felipe *el Atrevido* (1), cuya figura te pongo á la

(1) Sacamos esta figura de un interesante ms. que se custodia en Bruselas en la Biblioteca de Borgoña.